



Mons. Salvio Huix Miralpeix, Obispo de Lleida.

OBISPO DE LLEIDA

Entre las diócesis de España, Lleida tiene singular importancia y dificultad. Ni más ni menos extensa que otras, tiene¹ sin embargo gran cantidad de parroquias en la provincia de Huesca y algunas incluso en la de Zaragoza. Esto hace que sea en extremo difícil la labor del Obispo, que no puede contar con una uniformidad de carácter, de costumbres, ni aun de religiosidad entre sus diocesanos, catalanes unos y aragoneses otros. Esta dificultad subía de punto y estaba en su momento culminante cuando, ya de lleno dentro de la República, el separatismo catalán se había agudizado de tal forma, que exigía para todo lo de Cataluña un tratamiento especial. Por otra parte, la política, en la parte catalana de la diócesis, presentaba un cariz netamente izquierdista, y anarquista en la aragonesa.

La influencia de la política trascendía, aun sin mala intención, a las esferas eclesiásticas, y repercutía, naturalmente, en la vida religiosa. Siendo esto así, no es de extrañar que cualquier hombre de gobierno tropezara con un gran número de dificultades, que

Mons. Salvio Huix de viaje a Lleida.



aumentaban las comunes, en aquel tiempo, a todas las diócesis españolas. El P. Huix era un español de cuerpo entero, así como catalán de pura cepa. Su nombramiento fue ¿cómo no? muy bien recibido en todas las esferas, pues era conocido por su labor en Vic, y su actuación en Ibiza había ya trascendido. Por otra parte los católicos leridanos deseaban ardientemente tener un Obispo que los empujara decididamente por los caminos de

re Cristianización de la diócesis que habían emprendido. No es de extrañar, pues, que la

¹ En los años 1995 y 1998, las parroquias del Obispado de Lleida, que pertenecían a la provincia de Huesca, pasaron a la Diócesis de Barbastro Monzón.

entrada del nuevo Obispo adquiriera caracteres de apoteosis espontánea, popular y ruidosa. Siendo ya tradicional que las entradas de los Obispos de Lleida se revistan de extraordinaria esplendidez, en este caso se superaron todas las iniciativas y pronósticos. Una serie interminable de coches se extendió por la carretera desde la ciudad hasta la primera parroquia de la diócesis camino de Barcelona; en la ciudad, la inmensa mayoría de los balcones aparecían profusamente engalanados; banderas y estandartes recogían Asociaciones y Congregaciones, y si por parte de las Autoridades no pudo haber aquel calor que en otros tiempos le hubiesen prestado, la asistencia numerosísima de los fieles que representaban a las Parroquias, dio a la entrada un ambiente y un calor nunca imaginados. Todos estaban seguros que el nuevo Obispo era el verdadero enviado de Dios que necesitaba la diócesis en aquellos tristes momentos.

Al ser conocido su nombramiento para Obispo de Lleida, se repitió en Vic el homenaje que le habían dedicado cuando su consagración episcopal: números extraordinarios de las Revistas; obsequios, numerosas comisiones que con tal ocasión quisieron nuevamente manifestar a su hijo predilecto cuánta era su alegría al tenerlo más cerca.

El P. Huix se encontró inmediatamente en un ambiente completamente distinto del que acababa de dejar. De una diócesis muy pequeña pasaba a otra de gran extensión; de unos fieles unidos por todos los vínculos humanos, iba a ser pastor de otros a los cuales dividían no pequeñas diferencias; de un campo durante tantos años sin pastor, a otro que acababa de ser trabajado nada menos que por el Obispo Irurita; de un palacio reducido y sencillo a un caserón enorme de antiguos nobles leridanos; de un aislamiento impuesto por la dificultad de comunicaciones, a un continuo ajeteo de influencias de todas clases. Pero él había nacido para gobernar y para luchar, y ni el cambio le inmutó, ni las dificultades le arredraron, antes al contrario; creció en su espíritu toda la fuerza que llevaba dentro, fuerza que inmediatamente se dispuso a desarrollar, porque en aquellas circunstancias no se podía perder un minuto de tiempo.

Por de pronto suspendió, en cuanto hubo cumplido los primeros deberes de cortesía y protocolo, su paseo diario por la tarde. Su única distracción fueron, diariamente, unas vueltas dadas por la huerta del Palacio, durante media hora. Multitud de visitas le tenían ocupado hasta las dos de la tarde; el estudio de los diversos e importantes problemas que se le iban presentando, la oración que intensificó todavía más, le absorbían el resto de las horas del día y de la noche.



Vista general de Lleida.

Lleida no pudo conocer, porque no tuvo tiempo, al Obispo que con tan buenos augurios le había llegado; pero en las esferas en las que se desenvolvió, su nombre quedará grabado para siempre. Como en Ibiza y como en todas partes, la caridad ocupó

el lugar preferido de su corazón; los pobres de Lleida recibieron de sus propias manos la limosna y hasta la comida que se repartía en las cocinas del mismo palacio. La revolución y su muerte impidieron la terminación de uno de sus mejores sueños, un comedor para pobres transeúntes y faltos de hogar.

Inmediatamente la Acción Católica empezó a sentir en sus entrañas la presencia de su nuevo Pastor. Su organización, especialmente, en la juventud masculina, presentaba una especial dificultad. ¿Cómo compaginar la organización nacional, a la que no podía en manera alguna sentirse extraño, con la entonces tan pujante *de Los jóvenes cristianos de Cataluña*? Esa dificultad, sentida con cierta intensidad por todos los prelados catalanes, era una verdadera espina clavada en el corazón del Obispo de Lleida, el cual, de no tener una prudencia y tacto exquisito, podía fracasar precisamente en la obra predilecta de su corazón, la juventud. Se vencieron, sin embargo, todas las dificultades, y una y otra organización fueron tomando tal incremento, que dieron como resultado final su unión gloriosa en el martirio. Ni el enemigo las distinguió, ni ellos arriaron banderas diferentes.



Catedral de Lleida

Si en las ramas masculinas de jóvenes, que tal dificultad presentaban, triunfó, no es raro que lo hiciera con mucho mayor éxito en las demás. Así, por medio de esta Acción Católica, ya en plena marcha, pudo llevar a cabo, en el año 1936, pocas semanas antes de estallar la guerra, unas Jornadas Eucarísticas de oración, penitencia y propaganda, con una trascendental exposición de objetos y ropas para el culto, organizado por las ramas femeninas de A. C. y que tanto bien iba a proporcionar al Obispado. La palabra de apóstol del P. Pijoan, jesuita, fue la encargada, en nombre del Obispo, de dar a aquellas jornadas el alto espíritu de piedad eucarística que revistieron. Las reuniones y conferencias dadas por ilustres personalidades iluminaron las inteligencias, y la presencia activa del Obispo hizo presentir que aquello era ya el principio de la pastoral que iba a emprender por toda la diócesis. Cuando llegaron los perseguidores encontraron todavía grandes cajas, para ser enviadas a su destino, rebosantes de objetos de culto que se habían expuesto.

Tenemos ante los ojos una de las últimas fotografías del P. Huix en el patio del seminario de Lleida, rodeado de los alumnos de su escuela preparatoria, que habían recibido de sus manos la primera Comunión. Esto ya nos indica que otra obsesión suya, la enseñanza religiosa de los niños, tan puesta de manifiesto en Ibiza, continuaba igual. Al ensancharse enormemente el campo de su apostolado y al encontrarse con muchos más y peores enemigos de la infancia, su preocupación en este concepto aumentó.

El que entonces era párroco de Áger, Rvdo. D. Enrique Mogues manifiesta en una carta que, en ocasión de haber pasado el P. Huix por su parroquia, en viaje de Visita Pastoral, le autorizó para que vendiera, con todas las garantías necesarias, algunas de las joyas que en la parroquia se conservaban, para con su producto poder abrir y hacer funcionar en condiciones la escuela parroquial que aquel celoso párroco juzgaba necesaria. No le importaba que la Iglesia quedara pobre, mientras se salvaran los niños.

En el verano de 1935, tuve el placer de hacerle una visita en Lleida y, como si nada hubiese cambiado y nos encontráramos todavía en aquellas diarias visitas que hacía en Ibiza a las obras del edificio de Acción Católica o del Colegio de la Consolación, me invitó para que le acompañara a visitar las obras que bajo su dirección se hacían en el Seminario Conciliar, adaptando una parte del edificio para Asilo de ancianos sacerdotes. Conmovía ver la delicadeza de su corazón de padre atendiendo a los menores detalles para que la estancia les fuera lo más cómoda, alegre y sana posible; recomendaba encarecidamente a los maestros de obras la ausencia total de peldaños para que, cualquiera que fuese el estado físico de los ancianos, pudieran trasladarse a la capilla, comedor, sala de lectura y al jardín sin peligro ni dificultad.



Primera comunión en la escuela preparatoria del Seminario de Lleida.

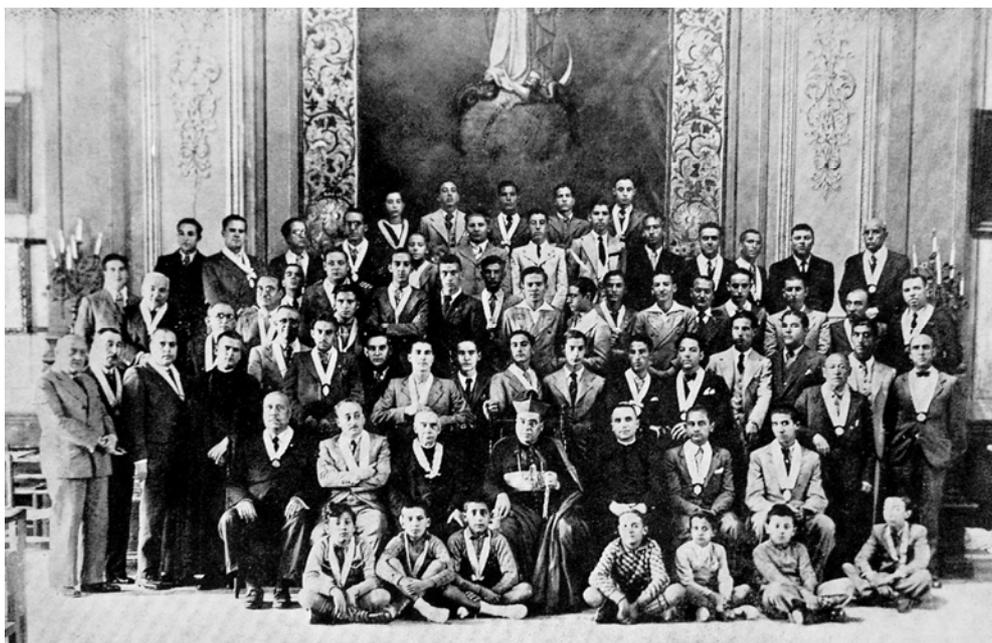
Emprendió inmediatamente la ardua tarea de la visita pastoral y no rehusó cabalgar a lomos de mulas por las altas montañas del Pirineo, comprendiendo que eran precisamente las parroquias más alejadas de la capital y las más carentes de comunicaciones, las que debían recibir primero la visita del Obispo. Con este motivo pudimos acompañarle hasta las alturas del arciprestazgo de Pont de Suert.

Inaugurándose también los certámenes catequísticos, en los cuales tanta esperanza y tanta fe tenía puestas, alentaba con su presencia a que se celebraran en todas las parroquias.

Toda esta labor, que parece, por su sola enumeración, cosa de años, la tenía ya realizada en poco más de uno. No es, por consiguiente, temerario suponer que las esperanzas que en su nombramiento habían puesto los leridanos iban a ser plenamente confirmadas. Le amaban los sacerdotes, pues se habían visto amados intensamente por él. Un Padre Jesuita, entonces coadjutor joven, que a la llegada del P. Huix se destacaba entre los apóstoles de la juventud, fue de los primeros en visitarle para pedirle permiso para ingresar en la Compañía de Jesús. Según nos ha contado él mismo, cuando esperaba que el Obispo, aun concediéndole el permiso solicitado, le suplicaría lo dejara para más adelante, con verdadera sorpresa y con no menor satisfacción interior oyó estas palabras: «no solamente le doy el permiso que me pide, sino que le confieso que me da Vd. una verdadera alegría, pues me demuestra que el clero de la diócesis siente grandes deseos de santidad y perfección». Como en todas partes, veía en todos al hombre bueno y solamente cuando los hechos más evidentes no se podían negar, creía en su maldad; pero aun entonces, dado el conocimiento que tenía de la debilidad humana y su amor entrañable a las almas, se resistía a castigar y confiaba siempre en el remedio superior de la caridad y de la gracia de Dios.

Los que tuvieron la dicha de comunicar y colaborar con él en las distintas obras de apostolado, lo recuerdan todavía con verdadera nostalgia. No es, pues, de extrañar que, al ser confirmadas sus virtudes con los ejemplos maravillosos que les dio desde la cárcel y en el martirio, los leridanos hablen con orgullo de su Obispo mártir y estén rogando fervorosamente al Señor se digne manifestar en él su propia gloria, anhelando verle en los altares. A la cabeza del clero, y como asumiendo su representación, el Excmo. Cabildo Catedral de Lleida ha promovido el proceso de Beatificación. Justo es hacer resaltar aquí este hecho de significación hondísima y de no menor ejemplaridad.²

Congregaciones Marianas. Academia Mariana de Lleida, 1936.



² El Obispo Huix va a ser beatificado en Tarragona el día 13 de octubre de 2013.